

# BOLETIN

DE LA

SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS.  
DE CADIZ.

---

## LA CRUELDAD CON LOS ANIMALES.

Una leyenda oriental refiere, que un pobre hombre que viajaba un día abrasador de verano, á las doce de la mañana, bajo los rayos ardientes del sol, vió un cerdo enfermo y herido que yacía en uno de los lados del camino. Las moscas se cebaban en sus heridas, el dolor y la sed le hacían jadear. El caminante, poco más ó ménos tan fatigado y desnudo y maltratado como el animal, no tenía en aquel desierto ni agua para apagar la sed de aquel sér que sufría, ni fuerzas para trasladarle á otro lugar; pero le puso á la sombra de una zarza: y como llegara la hora del juicio final, el Eterno pesó las culpas y los méritos de aquel hombre, y vió que los dos platillos de la balanza estaban á un mismo nivel: entónces se presentó el cerdo, y colocándose en el platillo de las buenas obras le hizo descender.

Esta ficcion humilde no parece derivada de la doctrina india de la metempsícosis. Es bien sabido que el respeto hacia la vida de los animales trae su origen de la opinion religiosa referente á la dualidad del sér. La prohibicion de maltratarlos y matarlos, descansa en la idea de un deber preciso y positivo; el buen trato para con ellos es precepto, no consejo; y la observancia de la ley religiosa en esta materia, es un mérito puramente negativo, como lo sería entre nosotros el cumplimiento de la que prohíbe matar á un hermano. La fábula del cerdo y el caminante pertenece, pues, á un orden de ideas más conforme con la doctrina del cristianismo: es ejemplo de la ley de caridad, llevado por la espontaneidad propia más allá de los límites que le están señalados.

Febrero 1.º, 1878.—Tomo IV.—Núm. 12



La compasion hacia los animales es, en las naciones modernas, uno de los efectos del progreso social; pero este ramo de la moral pública ha sido descuidado hasta ahora, y si algunos pensadores han demostrado su importancia, así en Francia como en Alemania é Inglaterra, sólo en este último país es donde se vé un movimiento acentuado de la opinion en aquel sentido.

Busquemos, pues, en Inglaterra los primeros rasgos de una teoría seria acerca de los deberes del hombre para con los animales. El punto importante, aquel sobre el cual insisten los escritores ingleses, es, que las relaciones del hombre con el animal deben salir ya del dominio del sentimiento para entrar en el del derecho. Este es el punto capital, y al mismo tiempo el escollo para el debate teológico; pero es tambien el terreno sólido sobre el cual puede apoyarse la legislacion; que no se legisla en materia de sentimiento, ni la ley hace nacer el derecho; el derecho existe ó no existe. No basta decir, como hasta ahora se ha venido haciendo en los preámbulos de las leyes sobre la materia, que un interés de órden público y de buena policia, exige que no se aflija á los transeuntes con desagradables espectáculos. Esto es escapar por la tangente. La opinion pública en Inglaterra pide algo más que esto; pide que una parte de derecho, por muy pequeña que fuere, pero real y positiva, sea reconocida á los animales, no sólo en bien de nuestra moralidad y nuestro progreso, sino en interes de aquellos. Pide que las crueldades con ellos cometidas no sean consideradas como delito contra nosotros mismos, sino contra las víctimas; y que el hombre se considere en adelante obligado á evitar al animal todo sufrimiento inútil, como se considera obligado á hacerlo con el niño, el idiota, el negro, el esclavo, despues de haber creído durante tanto tiempo que no les debía ninguna consideracion.

Ciertamente hay gran distancia entre esta idea y la que dió origen á las primeras Sociedades protectoras de los animales. La opinion marcha rápidamente en los países libres, y los pensadores ingleses muestran en esto, como en todo, su espíritu independiente, humanitario y jurídico. Ellos entienden que la nocion de derecho y de deber ha de ser base forzosa de todas las demas, y en esto consiste su originalidad y su grandeza. Comprenden que, si bien la idea de derecho solo se realiza en el hombre, esto no es una razon para que el derecho no sea más que una idea; y que si fuese indispensable comprender el derecho



para poseerlo, no solamente las bestias, sino las dos quintas partes de la humanidad, deberían ser excluidas de su posesion.

Desgraciadamente no es de esperar que, todavía en mucho tiempo, esta cuestion sea considerada bajo el mismo aspecto por las demas naciones y sobre todo por Italia y España, donde se pretende justificar la crueldad hacia los animales con los pretextos más absurdos.

La legislacion inglesa sobre la proteccion, difiere bastante de la francesa y alcanza mucho mayor desenvolvimiento que esta. Todas las prescripciones de la ley francesa estan compendiadas en el artículo único de la ley Grammont, y la sancion penal es casi ilusoria. En Inglaterra existe una ley que consta de 31 artículos, y se intitula *Ley para evitar del modo más eficaz los malos tratamientos á los animales*, la cual lleva la fecha de 30 de Julio de 1854, y corrige y perfecciona las leyes anteriores.

En 1850 se hizo una ley que se compone de 13 artículos, destinada á Escocia, sin contar las de 1848 y 1849, sobre la manera de matar los caballos; y las dos leyes de utilidad pública, votadas en las legislaturas de 1872 y 1873, contra la destruccion de las aves de mar é insecticidas.

Las penas impuestas por la ley á los actos de crueldad varían de 20 *schellings* á cinco libras esterlinas (cinco á veinte y cinco duros próximamente) de multa, y de tres dias á tres meses de prision. Austria no vá en esto á la zaga de Inglaterra y aun le había precedido en las medidas de policia. Anteriormente á la ley de 1866 sobre la materia, contábanse en Austria y Hungría desde 1871, hasta 17 decretos, ordenanzas é instrucciones gubernativas referentes al particular.

Los Estados-Unidos han ido más léjos aun, porque como la Constitucion americana autoriza á los Estados para hacer sus leyes particulares, estos han rivalizado en humanidad y en interés hacia los animales. Para unir todas las legislaciones locales sobre un punto que exigía una ley general, se hizo la de 10 de Octubre de 1873, relativa al trasporte de animales por las vías férreas. Por último; en Suecia, Bélgica, los Países-Bajos, Prusia, Suecia y Noruega, Dinamarca y en todos los Estados de Alemania, vemos el delito de crueldad con los animales figurar, yá en el código penal, yá en el criminal. En Italia existen unas ordenanzas del municipio de Florencia que suplen la ley. En España no hay ni aun esto siquiera. En todos los pueblos civi-



lizados, con esta sola escepcion, que lamentamos, existe más ó ménos definido el sentimiento de que el abuso de la fuerza con los séres indefensos constituye un escándalo público y un elemento de desmoralizacion que importa suprimir.

La dificultad está en definir de una manera precisa aquellos actos que pueden ser calificados de crueles. Dividiremos estos actos en tres clases; crueldad con los animales destinados al servicio; crueldad con los animales consagrados al placer; crueldad con los animales sacrificados al estudio. Respecto de los primeros, nos referiremos al trabajo y á la alimentacion. Es crueldad hacer trabajar á las bestias de tiro ó de carga cuando ya estan inútiles, y tambien el castigarlas sin motivo cuando trabajan. Indudablemente los actos de crueldad deben ser reprimidos siempre; pero en los casos de inutilidad de los animales, es justo tener en consideracion las circunstancias personales del dueño.

No faltan gentes que hacen trabajar á un caballo estropeado y aun cojo, pudiendo reemplazarlo con otro. ¿Qué les importa á ellos el sufrimiento del animal, con tal que haga el trabajo que desean? Hay tambien quien compra expofeso caballerías en pésimo estado, y acallando todo sentimiento de humanidad, se propone por este medio obtener mayor utilidad por su trabajo.

Así, pues, el hombre que, contando con medios suficientes para vivir, dedica al trabajo un animal que carece de fuerzas suficientes para el servicio á que se le obliga, comete un acto de crueldad. Además, el dueño es muchas veces responsable de las crueldades que cometen sus criados ó dependientes; pues si vemos á carreteros y cocheros maltratar las caballerías, suele ser por que los amos les exigen un servicio que el estado de las bestias no les permite hacer. Casi siempre son inútiles estos malos tratamientos; pero sería preciso que los que los emplean fuesen más humanos y más inteligentes, para comprenderlo así. Puede aplicarse al carretero la pena dictada por la ley; pero no debería hacerse esto, sin imponer otra pena igual ó superior al dueño de las bestias.

Hay un caso escepcional. El del hombre que se sirve de un animal débil ó enfermo, del cual es propietario, y cuya propia miseria y deplorable situacion corren parejas con las del animal. Cuando encontrais á vuestro paso estos dos pobres séres, comprendéis desde luego que la bestia debía ser conducida al mata-



dero; pero al mismo tiempo, y contemplando al hombre, no podeis ménos de pensar que, si fuese permitido hacer lo mismo con los séres humanos cuando llegan al aniquilamiento y á la vejez, muy pronto seguiría el hombre al animal.

En este caso, os parece que los sufrimientos de las bestias forman parte de la maldicion universal. Mientras exista la miseria y el sufrimiento, ha de haber al lado del hombre séres que compartan con él una y otra. Millares de nuestros semejantes trabajan con los miembros entorpecidos por la edad, doloridos por los padecimientos, debilitados por el hambre, y no hay derecho á exigir que el caballo del pobre tenga mejor suerte que el pobre mismo.

Mucho se han ocupado en Inglaterra de las crueldades que se cometen con los animales destinados al abastecimiento de las carnicerías, y sobre todo, desde que el creciente consumo de carnes ha hecho más frecuente el transporte de ganados. Ya hemos visto al Congreso de los Estados-Unidos ocuparse con interés en esta cuestion. El transporte de animales, sea por mar ó por tierra, ocasiona á estos los más crueles é inútiles sufrimientos. Se les castiga brutalmente para hacerles subir á los aparatos, desde donde son trasladados á los carruajes ó á los buques; se les amontona en espacios reducidísimos, donde carecen de agua, de alimento y hasta de aire á veces. Conducidos por tierra, se les destróza con las sacudidas de los vehiculos no suspendidos; así que cuando llegan á su destino, no pueden moverse y los conductores no encuentran manera de hacerlos andar, más que apaleándolos horribilmente. Estos procedimientos no pudieron ménos de llamar la atencion al Consejo privado de Inglaterra, y de algunos años á esta parte se han dictado reglas para el transporte de ganados.

En Francia aun podemos ser testigos de hechos semejantes. Para ello basta vivir en los departamentos, y concurrir á las ferias y mercados. El procedimiento que se emplea para matar las reses, aunque reglamentado en las capitales, no lo está en los pueblos; y nosotros hemos visto bueyes que agonizaban durante una hora. La brutalidad de los campesinos cuando matan sus cerdos, da ocasion tambien á escenas repugnantes; y los prolongados quejidos de las víctimas, ponen espanto en el ánimo de toda persona que piensa y siente.

Padecen tambien los animales destinados al placer del hom-



bre, ya cuando este tiene en cautiverio especies que no se prestan á la domesticación, ya cuando se entretiene en destruirlas. Háse puesto en tela de juicio si la caza es un placer legítimo, y aun pretendido que debiera suprimirse mientras la opinion pública podía resolver sobre el particular. Pero además de que en la caza está interesada la agricultura, esto sería siempre exajerar el escrúpulo, y, sobre todo, llevar la cuestion fuera del terreno que le es propio. No se trata de economizar la vida de los animales, puesto que la naturaleza ha querido que no sólo se alimente el hombre de carne, sino que los demás animales vivan unos á costa de otros. No se discute la necesidad. La necesidad lleva siempre consigo su legitimidad y su sancion moral.

No se trata, pues, de dejar vivir más ó ménos tiempo á los animales; sino de evitarles sufrimientos inútiles. Bajo este punto de vista, sólo la caza á la carrera merece reprobacion. En cuanto á la pesca, es ciertamente un horrible espectáculo el que ofrecen los peces de rio resistiendo á la muerte en las torturas de una agonía que suele prolongarse un día entero. ¿No podría prohibirse el presentar peces vivos en los mercados? Algunos se perderían, sin duda; pero el interés particular pronto hallaría medio de evitar este inconveniente, y aun cuando los pescadores, por esta causa, tuviesen que hacer su pesca cada día, ¿qué mal habría en ello?

Por último; la forma más espantosa de la crueldad con los animales, está en los experimentos y ensayos de viviseccion hechos en favor de la ciencia. Un filósofo aleman, Schopenhauer, no podía pensar en esto sin indignarse.—«Cuando yo estudiaba en Göttingen, dice, tuve ocasion de ver lo que es la atrocidad de las vivisecciones, y cuantas se han hecho, bárbaras, inútiles y horribles. Me convencí de que sólo muy rara vez es necesario recurrir á ellas para investigaciones de importancia y de inmediata utilidad, y que en estos casos deben verificarse ante un público muy numeroso, y solicitando la asistencia de todos los médicos, á fin de que el bárbaro sacrificio sobre el altar de la ciencia, sea de la mayor utilidad posible. Pero hoy cualquier *mediquillo* se cree con derecho para atormentar y martirizar á los animales del modo más cruel, buscando explicaciones y soluciones que se encuentran hace mucho tiempo en los libros.»—Su cariño hacia su fiel *Atma*, un perro que hizo gran papel en la vida del filósofo y que figura en su testamento, le hizo ocuparse



de este asunto con frecuencia. Schleiermacher, su contemporáneo, el cual decía que «la compañía del perro hace soportable la del hombre», no se preocupaba ménos que él de la cuestion, protestando ambos de la indiferencia del público hacia tales actos de crueldad. Verdad es que esta indiferencia nace del secreto en que son practicadas estas operaciones. Fácil es establecer en teoría las reglas á que deben ajustarse los ensayos de viviseccion; pero en la práctica la cosa cambia de aspecto. Dicese que el hombre de ciencia, por su elevacion de espíritu, no puede ser cruel; pero esto es pura retórica de sentimiento. Con frecuencia se ha visto, por el contrario, á hombres que perseguían un fin humanitario, sacrificar con exagerada indiferencia lo particular á lo general, y en nada es tan necesaria la intervencion de la conciencia social, como en los extravíos de los hombres que aspiran á la realizacion de grandes ideales.

Reconocemos de buen grado que la legislacion es, por regla general, impotente para reformar rápidamente las costumbres; pero la ley hace en ciertas materias lo que la religion en otras, formando á la larga la conciencia social y la opinion pública. Para las masas, el decir que una cosa es tolerada, equivale á decir que es indiferente. Escaso es el número de los que se dictan la ley á sí mismos, y más escaso aun el de los que protestan largo tiempo contra las leyes establecidas, aun cuando sean malas, y ménos todavía cuando responden á un buen sentimiento del corazon humano. No hay esperanza ninguna de reprimir eficazmente y de un modo directo la crueldad con los animales, porque las víctimas no pueden quejarse, en primer lugar; y en segundo, porque para un acto de esta especie cometido en público, hay millares de ellos que quedan ignorados. Pero se puede tener la seguridad de que, mientras más grave sea el delito descubierto, más enérgicamente obrará la conciencia individual en el sentido de la ley. Hay naciones enteras en las cuales el contrabando es considerado poco ménos que como una profesion honrada. Que se aplique á este delito una pena infamante y que todos los casos descubiertos sean castigados, y muy pronto adquirirá en el espíritu de los pueblos el carácter de un acto vergonzoso. Con muchas cosas sucede lo mismo. Cuando las leyes hayan caracterizado enérgicamente la crueldad con los animales, la educacion se encargará de continuar la obra de la ley, y el hábito hará lo demás.



Tan cierto es que el sentimiento público se modifica por la ley, que cuando en 1824, sir Richard Martin, miembro del Parlamento, fundó en Lóndres la Sociedad protectora de los animales, que tanto se ha extendido despues y que adelantó en veinte años el perfeccionamiento formal de la legislacion inglesa sobre la materia, todos los agentes de la Sociedad se dedicaban á recorrer las calles para dar testimonio de los abusos que la Sociedad se proponía reprimir, yá apelando á una legislacion todavía imperfecta, yá por medio de su influencia propia; y desde que se dieron las leyes de estos últimos años, ha podido suprimir completamente este servicio, porque todos los hechos de que tomaban nota sus agentes, le son hoy comunicados por el público.

Con razon, pues, afirmamos que si la ley no alcanza á castigar los innumerables actos de crueldad que se cometen privadamente y en los campos, donde no hay vigilancia, sirve, por lo ménos, para formar la conciencia pública en un plazo relativamente corto.

Atendiendo al considerable número de sociedades que funcionan en el extranjero, y á las medidas legislativas que por su influencia han adoptado ya todos los Gobiernos, puede esperarse que cada día se estenderá más el conocimiento de los deberes del hombre para con los animales, llegando á ser un elemento de educacion.

La opinion y la prensa en Inglaterra lamenta todavía que la ley no sea bastante severa, y que no se haga extensiva á los animales en estado salvaje. Y, sin embargo, esta ley es mucho más explícita y más rigurosa que otra alguna.

La ley inglesa califica de malos tratamientos: las heridas hechas voluntariamente; los golpes violentos y repetidos; la carga ó el trabajo excesivo; la privacion del alimento en los viajes; el empleo de animales lastimados y el hecho de ponerles los arneses sobre las heridas ó las llagas vivas; el acto de obligarles á levantarse azotándolos brutalmente cuando han caido bajo el peso de la carga en vez de desuncirlos y aliviarles de aquella; el abandono en la vía pública de los animales enfermos ó heridos; el transporte de los animales conducidos al matadero en carros, atados los piés y con la cabeza colgando fuera del vehículo; el amontonamiento de los unos sobre los otros, y por último, todos los actos directos y voluntarios de violencia ó cruel-



dad, cuando estos actos ocasionan al animal un sufrimiento que ninguna necesidad justifica.

Hagamos notar que á medida que el hombre adelanta moralmente, adelanta tambien todo cuanto le rodea. El animal, en manos de un hombre inteligente y bueno, adquiere y duplica su valor y su docilidad.

La educacion que hasta aquí hemos dad á los animales, se asemeja algo á la que en otro tiempo dábamos á los niños; la severidad y los golpes, los golpes y la severidad; no sabíamos salir de aquí.

Y, sin embargo, ¡qué no consigue el árabe de su caballo, sin emplear otro medio que el halago y el cariño! ¡Qué maravillosa inteligencia no reina entre el cazador y su perro, cuando mutuamente se aman! Aun no se ha sabido apreciar generalmente lo que vale la simpatía entre el hombre y la bestia, como agente de produccion. Los caballos de las carretas son de ordinario tan estúpidos como los que los dirigen; pero en algunas ocasiones hemos visto caballos tratados con bondad hacer prodigios de valor y perseverancia, sin que su conductor haya tenido que hacer uso del látigo ni siquiera emplear un tono de amenaza. Una simple excitacion de la voz bastaba á hacerles desplegar todas sus fuerzas. Veíaseles dejarse caer sobre el collaron, contraer los músculos, y haciendo repetidos esfuerzos, llegar al fin de su trabajo temblando sobre sus piernas, cubiertos por el sudor, pero orgullosos y satisfechos.

En la guerra, el caballo querido de su amo parece tener el instinto del deber y del peligro. El sabe correr á la muerte ó huir de ella. ¡Cuántos caballos de guerra han hecho cosas prodigiosas y salvado á los que los montaban! No se acabaría nunca si hubieran de contarse los servicios prestados al hombre con rara inteligencia, por perros favoritos. Sabido es que en Bélgica y en los Países-Bajos se sirven de los perros para arrastrar unos pequeños vehículos en los cuales se lleva á domicilio el pan, la carne, las legumbres, la leche, el carbon vegetal y otra porcion de artículos que constituyen el aprovisionamiento diario de las casas.

Estos animales, cuando son tratados con cariño por sus amos, hacen esfuerzos extraordinarios por seguirles, arrastrando alegremente una carga con la que no podrían si sólo el temor al castigo les hiciese obedecer. Por último, todos los mozos de las



fincas de labor saben que las vacas, tratadas con dulzura, dan más fácil y más completamente su leche, y, por consecuencia, tardan más tiempo en agotarse.

De todas las obras producidas por el genio plácido de la escuela holandesa, no conocemos nada más sonriente que el precioso cuadro de Pablo Potter, que representa á *Orfeo en el paraíso terrestre*. (\*) Es la armonía viviente del espíritu y de la carne. Este lienzo, de un metro escaso, es todo un mundo. Sobre un fondo luminoso y transparente, desarróllase un verde tapiz de húmeda yerba, y se balancean algunos árboles ligeros. Los insectos más humildes, así como los animales más soberbios, corren hacia su rey, le rodean y se tienden á sus pies en la embriaguez de la vida, mientras el hombre, acompañado de la lira, entona un himno á la naturaleza.

Muy léjos se halla esta escena de lo que es la realidad. Los gritos de dolor que arrancamos á todos los séres, forman un contraste discordante. Pero es la ley; ley fatal que no podemos eludir. Sin embargo, procuremos acallar esos gritos en cuanto nos es posible. En ello ganarán nuestra dignidad y nuestra dicha. La ciencia ha franqueado el abismo que la teología había puesto entre nosotros y las mil tribus que pueblan la tierra, mostrándonos los lazos que unen al hombre con los animales, así en lo físico como en lo moral. En lugar de una línea infranqueable, sólo vemos ya entre ellos y nosotros una pendiente suave que, empezando en la memoria, concluye en la abstracción.

Cualquiera que fuere la esencia del misterioso principio vital que nos anima, todo hace creer que es una misma en todos los séres organizados, por mucho que se extienda en la escala de los séres la conciencia de la vida. Las naciones del Asia estan en posesion de esta idea hace largo tiempo, sin que por esto se haya debilitado su fé religiosa; y no se comprende por qué orden de deduciones, los países católicos han llegado á considerar como impío y ofensivo á la magestad del hombre, toda asimilacion de su naturaleza y de su fin á la naturaleza y al fin del animal.

Lo que es verdaderamente ofensivo para la dignidad humana, es el abuso de la fuerza, bajo cualquier forma que se presente; y no sin razon han sido castigados recientemente en Ingla-

---

(\*) Este cuadro pertenece al Museo de la Haya.



terra, y con un máximun de la pena impuesta por la ley, un caballero, culpable de haber castigado brutalmente á un caballo inofensivo, y un magistrado que había reventado el suyo en una marcha forzada. La calidad de las personas aumentaba, en efecto, la gravedad del delito; y lo que en otros países habría quedado impune ó castigado con una ligera multa, les obligó á sufrir tres meses de prision.

Existe en el hombre una terrible inclinacion á atribuirse el derecho del más fuerte. ¿Lograremos destruir esta inclinacion algun dia? Nosotros creemos que el porvenir de la humanidad depende de esta cuestion. Oponerse al torrente de la brutalidad y del egoismo, es la condicion del progreso social; y para realizar este, debemos aprender á respetar la vida en todas sus formas, ó ya que no la vida, puesto que es arrebatada en un eterno torbellino, al ménos la sensibilidad de todos los seres susceptibles de sufrimiento.

L. Q.

---

## HILO Ó ALGODON.

---

Hoy, escribo para vosotras, mis pequeñas, bellísimas lectoras de *La Infancia*: sé que varias de entre vosotras habeis es-trenado en estos dias bellos vestidos de percal, y que habeis te-nido en ello gran placer, porque grande era el deseo que teniais de ponerlos.

Me parece que no estareis quejosas de la industria del hom-bre, que telas tan preciosas fabrica, y supongo admitireis los progresos de las manufacturas, que hacen posible salgais á pa-seo más ufanas que si llevarais riquísimos vestidos de seda de Lyon.

¡Y vaya si es grande la industria con sus indudables adelan-tos! Ella hace posible—no hay que dudarlo—que tengais vues-tras bellas telas y sintais inagotable alegría.

Porque ¿á quién, sino á la humana inteligencia se deben esos progresos industriales?

A ella solamente: los hermosos tejidos de nuestras fábricas de Cataluña, con sus lindísimos dibujos, artísticamente conce-bidos, son obra exclusivamente debida á nuestras fábricas.



*Exclusivamente:* ¿no es verdad?

¡Vaya! está claro: ese percal, que el mercader me dijo ser francés, es más español que tú; de donde parece indudable que á nuestra industria se debe ese producto, que á ella únicamente teneis que agradecer tan linda tela.

Estamos conformes; ¿no es cierto?

Pues ahora me acuerdo de que no os he hecho una sencilla, insignificante pregunta.

Decidme, hermosas niñas; ¿de qué es ese tegido que tanto os ha gustado?

—¡Pues vaya una cosa! ¡de algodón!

—En efecto; es de algodón: el hilo cuesta más caro, y yo comprendo que no sois muy ricas.

¡De algodón; no de hilo!

Pero ¿de dónde salen esas materias, ese algodón ó ese hilo?

¡Si lo producirá la industria humana!

Yo creo que no: el algodón y el hilo son productos eminentemente vegetales.

Pues entónces, niñas mías, ó vosotras y yo discurríamos falsamente, ó debeis á las plantas vuestro vestido. El industrial que consigue fabricar el percal, compra el algodón para tejerlo.

¡Cuán engañados estábamos!

Si las plantas os dan ese precioso lienzo, que vais á lucir en el paseo, es menester saber qué vegetal produce esas materias que alimentan luego nuestras fábricas: si así no fuera, podríais veros en el apuro de no saber lo que llevabais puesto.

¡Y qué vergüenza si hubieran llegado á preguntároslo....!

No hay más remedio que saber eso, para que no os veais en tan crítica situación.

¡Si yo pudiera decíroslo...!

Pero ahora me acuerdo de que en mi pobre biblioteca hay un libro de Arthur Mangin, cuyo título es, *Las plantas útiles*: allí debo yo encontrar esas noticias de que necesitáis.

Veamos lo que dice la obrita.

Empieza haciendo ver la anomalía que existe en el precio de las telas de hilo y de algodón. Las primeras cuestan más caras: cuantas veces habeis ido de tiendas, habeis podido apreciar que un tejido de rica holanda alcanza un alto precio, miéntas el más fino género de algodón puede comprarse algo barato.

¿Qué piensas tú de esto?



otro presenta numerosas dificultades que representan considerables gastos.

Venga, pues, el algodón, para todos fácil de adquirir; y veamos, preciosas lectoras mías, si vosotras y yo llegamos á saber de donde se obtiene esa materia.

Es el producto de una planta, *el algodónero*, de la familia, segun los botánicos, de las *malvaceas*, cuyo fruto lo constituye una cápsula redonda ú ovalada, que encierra los granos envueltos en un blanco vellon, que no es otra cosa que el mismo algodón que conoceis.

Este precioso vegetal se introdujo en España hacia el siglo X, en que se fundó en Barcelona la primera fábrica algodонера de Europa, y crece espontáneamente en los países cálidos del Asia y de la América. Hoy se cultiva en el Indostan, China, Borneo, Japon, Egipto, Sara, Siria, Antillas, Estados-Unidos y otros países.

¿Y ahora, lectorcitas, deseareis saber cómo se obtiene el algodón que se entrega á la industria; no es verdad?

Pues nada más fácil. Cuando el fruto del algodónero está maduro, se abre por sí mismo y deja salir el algodón, que es recogido sencillamente y entregado á las máquinas que le arrancan la simiente.

¿Qué me diríais si os expresára que hoy la pérdida total de las plantaciones algodonerías ocasionaría una crisis terrible, cuyas consecuencias no es fácil prever?

Los ingleses han dado á esa materia un calificativo que prueba su inmensa importancia y valor: le llaman *el rey algodón*.

De la magestad algodонера descenderemos, si os place, mis amadas niñas, á conocer á *D. Lino*: debe sereste señor mas bien señora, á mi entender; porque al nombre planta le debo considerar cual femenino.

Pues bien; señor en su nombre, y señora, cual planta, el lino da nombre á la familia á que pertenece, científicamente considerado; y crece en nuestros campos con gran facilidad, y sin cultivo importante.

Es un vegetal de inmensa utilidad: la industria, las artes, la medicina, obtienen de él notables resultados.

La cosa es singular, porque el lino lo tenemos en casa, y el algodón hay que buscarlo lejos de nosotros.

Pero al hilarlo, el uno se presta admirable y fácilmente, y el



¡La industria, las artes, la medicina...!

En efecto; ya conocéis la tela de vuestras camisas, y habeis visto que el pintor se valió del aceite de linaza para formar con diversos colores, una linda pintura que hermoseó vuestro armario-guardaropa: casi, casi olvidais, mis pequeñuelas, que á veces, en vuestras enfermedades, habeis sentido alivio grande cuando, para curarnos una pequeña inflamacion, han llegado á aplicarnos una cataplasma de linaza.

La planta, pues, en sus fibras ó en sus oleaginosas semillas, produce á todos inmensos beneficios.

Y os pregunto yo ahora: ¿qué os gusta más, el hilo ó el algodón?

Adoptais en eleccion el hilo: bien lo sé; más no por eso ha de despreciarse al pobre, humilde algodón: todas vosotras usais éste, y sin él los que carecen de bienes de fortuna no vestirían cual lo hacen: respetemos, pues, esos utilísimos vegetales que beneficios tan grandes nos reportan, y admiremos la utilidad, para el hombre, de las plantas.

Por hoy, lectoras de *La Infancia*, doy fin á estas líneas.

E. THUILLIER.

(De *La Infancia*.)

---

## NOTICIAS.

---

El ministro de Agricultura de Francia acaba de mandar fijar en todos los campos y bosques la siguiente excitacion:

«Este aviso se fija en este punto bajo la proteccion del buen sentido y de la honradez del público.

*Erizo*.—Se alimenta de insectos, gusanillos, limazas y larvas y otros muchos animales perjudiciales á la agricultura.—No mateis los erizos.

*Topo*.—Destruye sin cesar los gusanos, larvas, *courtillierez* é insectos dañinos. No se alimenta de vegetales. Hace más beneficio que mal.—No mateis topos.

*Sapos* (castrollos).—Ayuda de la Agricultura, destruye de veinte á treinta insectos por hora.—No mateis á los sapos.

*Moscardones*, *abejorros* y sus larvas.—Enemigos mortales de la agricultura, ponen de setenta á cien huevos.—Matad á estos animales.



*Pájaros.*—Cada provincia pierde al año muchos miles de du-  
ros por los estragos de insectos. El pájaro es el único enemigo  
capaz de luchar victoriosamente con ellos, es un gran estirpador  
es un gran ayuda de la agricultura.

Niños, no destroceis los nidos.

Se daran 25 céntimos á cada niño que entregue á un guarda  
de campo 500 cabezas de abejorros, moscones, etc.»

---

El cultivo del lino y la fabricacion del lienzo, estan confiados  
á la provincia de Ulster en Irlanda.

Puede formarse una idea de la magnitud del tráfico de lien-  
zos irlandeses, considerando que la cantidad exportada á países  
extranjeros el mes de Setiembre, subió á 13.937.300 yardas, que  
es un aumento de 1.899.000 sobre la del mes correspondiente en  
1876. España é Italia eran los consumidores principales de los  
lienzos irlandeses; pero en el día los Estados-Unidos consumen  
casi tanto como todos los países extranjeros tomados en conjun-  
to. Así durante el mes dicho, este país, del producto total de yar-  
das 13.937.300, importó 6.643.600.

---

La *Gaceta Horticola* de Nicaragua, ha publicado reciente-  
mente algunos datos de una planta de la familia de las fitolá-  
ceas, que crece en aquel país, y que disfruta propiedades elec-  
tromagnéticas.

Cuando se corta una rama, dice el autor de este notable des-  
cubrimiento, experimenta la mano una sensacion tan viva, co-  
mo si se tratara de una batería Rumkorff.

Sorprendido por este fenómeno, verificó el autor un ensayo  
con auxilio de una pequeña brújula: á la distancia de siete á  
ocho pasos se dejaba sentir la influencia de la planta.

La desviacion de la aguja estaba en razon de la distancia:  
cuanto más se acercaba, más bruscos eran los movimientos, y,  
por último, cuando el aparato se colocó en medio del moral, los  
movimientos se trasformaron en una rotacion sumamente ace-  
lerada.

El suelo adyacente no contenía huella alguna de hierro ni de  
otros metales magnéticos: no queda, pues, duda alguna acerca  
de que esta cualidad es inherente á la planta misma.



La intensidad del fenómeno varia segun la hora: por la noche es casi nula; llega á su máximo á las dos de la tarde.

En días de tempestad aumenta su poder, y cuando llueve se marchita la planta. El autor nunca ha visto posarse pajaros é insectos sobre la *phitolaca eléctrica*.

---

La fabricacion de azúcar de remolacha ha tomado en Alemania un incremento considerable, desde 25 años atrás. En 1851, había 184 fábricas que beneficiaban cerca de siete millones y medio de quintales métricos de remolacha; 334 se contaban en 1875, que consumian más de 27 y medio de quintales.

En Francia hay 502 fábricas de azúcar de remolacha, que han producido en la última campaña 46.456.317 hectólitros, protegidas contra nuestros azúcares por elevados derechos aduaneros, que proporcionan al pueblo francés la satisfaccion de consumir azúcar á mayor precio, en favor de los individuos que se dedican á esa industria.

---

En el Congreso de las sociedades obreras que acaba de inaugurarse en Leon, seran objeto de amplio debate los asuntos siguientes:

- 1.º El trabajo de las mujeres;
- 2.º Las Juntas sindicales y las asociaciones;
- 3.º Las crisis industriales y la falta de trabajo;
- 4.º La instruccion, la enseñanza profesional y el aprendizaje;
- 5.º De la representacion directa del proletariado en el Parlamento;
- 6.º Cajas de retiro para la vejez y los inválidos del trabajo;
- 7.º Del trabajo agrícola y de las relaciones entre los obreros de las ciudades y los de los campos;
- 8.º De la vagancia y de las costumbres en los centros industriales; y
- 9.º De los consejos de hombres buenos.